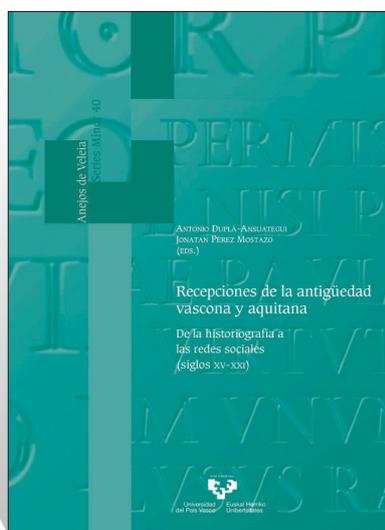


Recepciones de la antigüedad vascona y aquitana



FICHA BIBLIOGRÁFICA

Antonio Duplá-Ansuategui Jonatan Pérez Mostazo (eds.)
Recepciones de la antigüedad vascona y aquitana: De la historiografía a las redes sociales (siglos XV-XXI). Vitoria, Gasteiz: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 2022, páginas 240, ISBN: 978-84-1319-495-0.

Jesús Salas Álvarez | **Universidad Complutense de Madrid.**

Nos encontramos frente a una monografía publicada por *Veleia. Revista de Prehistoria, Historia Antigua, Arqueología y Filologías Clásicas*, dentro de sus Anejos, Series Minor 40. Este volumen es resultado del proyecto de investigación colaborativo *Vasconia and Aquitaine: Social Change and Cultural Interaction between the Ebro and the Garone from Prehistory to Late Antiquity (2nd millenium B.C.E.-4 th. Century C.E)*, financiado por la UPV/EHU.

Los editores Antonio Duplá y Jonatan Pérez Mostazo son miembros del Grupo de Investigación ANIHO (Antigüedad, Nacionalismos e identidades complejas en la Historiografía Occidental), que desde 2014 ha establecido como uno de sus líneas de investigación la recepción de la Antigüedad en los territorios vascos, en Europa y en América Latina, como lo demuestran las publicaciones y congresos que han realizado sobre el tema.

La obra está compuesta de una introducción, un prólogo y nueve capítulos. En el caso de la introducción (pp. 9-17) redactado por los editores, quienes consideran que el estudio de la Antigüedad de Vasconia, Aquitania, *Euskal Herria*, es un tema recurrente desde hace tiempo, en ocasiones desde posiciones confrontadas, no sólo desde esferas eruditas, sino también en medios culturales diversos y, ya en pleno siglo XIX, en las redes sociales. De ahí que el propósito de la presente monografía, en la que han participado diversos investigadores en la Antigüedad, pretenda ser una puesta al día “en la comprensión del diálogo bidireccional establecido por los modernos y contemporáneos con la Antigüedad vasca y aquitana”.

Le sigue un Prólogo (pp. 19-26), escrito por Fernando Wulff Alonso, Profesor de Historia Antigua de la Universidad de Málaga, especialista en Historiografía de la Historia Antigua de la Península Ibérica y que ha abordado en varias ocasiones los usos de la historia en la construcción de las identidades y nacionalismos políticos. Su aportación a esta monografía consiste en la introducción de la cuestión vasca planteada por Sabino Arana, desde distintos puntos de vista: la lengua vasca, prueba de pre-romanidad, y su uso por los pueblos prerromanos del norte y del sur de los Pirineos; los problemas para establecer los límites geográficos de los territorios ocupados antaño por los vascones, la propia definición como grupo étnico de los vascones, o la fuerte presencia de componentes romanos hasta el Bajo Imperio Romano en los actuales territorios del País Vasco y Navarra.

El primero de los capítulos (pp. 27-50) ha sido realizado por Jonatan Pérez Mostazo, coeditor del presente volumen e investigador de la UPV/EHU. Centra su atención, desde una perspectiva historiográfica, en las publicaciones eruditas que, desde el siglo XVI, se han ocupado de la cuestión de los orígenes de los vascos, en la que cobra especialmente protagonismo la figura de Tubal, nieto de Noé, fundador de las poblaciones vasco parlantes.

Pérez Mostazo sostiene que en los siglos XVI y XVII los habitantes de los territorios vascos, a los que se relacionaba con los cántabros, se presentaban como guardianes de las esencias hispanas, en el que se entremezclaban elementos del tubalismo, del iberismo y del cantabrismo.

Esta identificación entre lo vasco y lo cántabro se generalizó en el siglo XVII, llegando incluso a utilizarse en Francia, aunque exclusivamente como una realidad etno-regional contemporánea y no histórica, como ocurrió en España, donde se emplearon para ello los textos grecorromanos, tardoantiguos y medievales.

En el siglo XVIII, como apunta Pérez Mostazo, el origen de los vascos fue utilizado de dos formas distintas: como un elemento para conseguir la defensa de los fueron vasconavarros frente a la política centralizadora de los Borbones españoles, mientras que en los territorios franceses se utilizó para frenar las políticas impositivas de los Borbones franceses.

Con la llegada de la Revolución Francesa, la cuestión de lo vasco cedió el protagonismo en Francia al celtismo, generando una celtomanía, que también incluía el interés por el origen de los vascos, cuestión esa que se mantuvo a lo largo del XIX, período en el que los círculos culturales franceses comienzan a cuestionar tanto el iberismo como el cantabrismo de los vascos.

En el caso español, no fue hasta la década de 1840 cuando apareció la visión romántica de la antigüedad vasca, otra vez ligada al mundo de los cántabros, pero con un rol secundario o regional, pues el protagonismo lo tendrán, gracias a la Arqueología, los pueblos íberos que pasaron a ser considerados como ancestros comunes de todos los españoles.

El segundo de los capítulos (pp. 51-75) es el realizado por Tomás Aguilera Durán, profesor de la Universidad Autónoma de Madrid y miembro del Proyecto ANIHO, está dedicado al estudio de la consolidación de las tesis vascocantabristas y vascoiberistas que tuvieron lugar en el siglo XVIII, pues el territorio vascón fue la región más aislada de las invasiones extranjeras y el euskera se consideraba como una reliquia de la primitiva lengua ibérica.

Tras el estudio de algunos precedentes (Vasconcelos, Juan de Ferreras, Enrique Flórez o los hermanos Rodríguez Mohedano), Tomás Aguilera se centra en el análisis de la obra del agustino Manuel Risco, continuador de Enrique Flórez de Setién al frente de la *España Sagrada*. Risco defendió que «los vascones se habrían englobado dentro del término genérico de cántabros en los primeros momentos, aunque desde la época de Augusto habrían empezado a considerarse de manera diferenciada» (página 64). Y en el caso de los territorios al N de los Pirineos, Risco defendió que «los aquitanos no se parecían al resto de los galos, como aseguraba Estrabón, porque aquellos eran verdaderamente celtas y el resto de la Galia no; si se distinguían también de la Narbonense era porque, por entonces, esa región ya estaba muy contaminada por la influencia romana» (página 65).

La segunda obra analizada por Tomás Aguilera es la *Historia crítica de España* del jesuita Juan Francisco Masdeu, la publicación más acabada de la teoría del celtismo occidental, a partir de todos los antecedentes antes comentados, desarrollando la respuesta más sistemática que se hizo desde España al sistema bretón.

Masdeu no renunció al mito de los primitivos colonizadores de Iberia, Túbal y Tarsis, nieto y biznieto de Noé respectivamente, sosteniendo que el primero de ellos se estableció en el oeste peninsular, lo que dio origen al pueblo celta (más aislado, austero y feroz), mientras que el segundo se asentó en el norte y el este, siendo el fundador de los íberos (más abiertos al Mediterráneo, refinados y civilizados).

Una vez establecidos los orígenes de ambos pueblos, Risco defendió la expansión hacia la costa cantábrica y el interior peninsular, pasando después los Pirineos y ocupando el sur de la Galia, lo que vendría a explicar por qué los autores grecolatinos más tardíos hubiesen conocido a los celtas en la Narbonense, extrapolando el etnónimo a toda la Galia.

El tercer capítulo (pp. 77-95), elaborado por Elena Redondo-Moyano, Catedrática de Filología Griega en la UPV/EHU, se centra en la biografía sobre Adriano que escribió Isidoro Fernández de Arellano en 2 números de *El Lírio. Periódico científico, literario e industrial*, publicados en 1845 en la ciudad de Vitoria, por entonces conocida como «la Atenas del Norte» por su pujanza económica y cultural.

Siguiendo los modelos establecidos por Suetonio y la *Historia Augusta*, Fernández de Arellano realizó una biografía *per species*, al predominar un carácter discursivo agrupado por eventos, quedando la organización cronológica (*per tempora*) en un segundo plano. Su intención era la de ensalzar la figura de Adriano, al que hace nacer en *Itálica* (Santiponce, Sevilla), como modelo de buen gobernante del imperio y, en el caso de España, como cuna de gobernantes modélicos. El resultado, como indica su autora, fue un relato simplista y poco objetivo acerca de la personalidad del gobernante romano.

El cuarto capítulo (pp. 97-116) es realizado por Javier Larequi Fontaneda, investigador de la Universidad de Navarra, que centra su atención en los usos políticos que durante los siglos XIX y XX han sometido a los vascones, desde posiciones ideológicas totalmente antagónicas.

Para llevar a cabo su estudio, ha partido del análisis de tres tópicos o mitos contruidos sobre los vascones de la Antigüedad Clásica y Tardía, que están presentes en el imaginario colectivo y en los manuales escolares, pese a no estar contrastados en las fuentes literarias, numismáticas, epigráficas y arqueológicas, y que están vinculados a tres teorías: el tubalismo, el vascoantabrismo y el vascoiberismo.

Estos mitos son la resistencia de las tierras del actual País Vasco a los romanos (p. 99), la existencia de poblaciones vascohablantes en la Antigüedad en los territorios actuales de Guipúzcoa, Álava o Vizcaya, vinculadas al espacio lingüístico del indoeuropeo (p. 100), y, el último, la unidad étnica de los vascones (p. 100).

Finalmente, Javier Larequi analiza la utilización política de los vascones en la Navarra contemporánea desde distintos posicionamientos, antagónicos entre sí: «la pureza hispana, los nacionalistas vascos que han querido remontar una supuesta *Euskal Herria* actual a una antigua patria que hundiría sus raíces en tiempo de los vascones antiguos y, finalmente, los navaristas que han tratado de vincular el territorio del viejo Reino de Navarra con el de los vascones antiguos» (p. 103).

Siguiendo la estela de los estudios historiográficos, en el capítulo quinto (pp. 117-133), Jordi Cortadella, Profesor de Historia Antigua de la Universidad Autónoma de Barcelona y miembro del proyecto ANIHO, ha realizado un análisis de las aportaciones de la Escuela Arqueológica de Barcelona, encabezada por Pere Bosch Gimpera, a la etnología vasca, a partir del cuadro sobre la evolución de la civilización de la Península Ibérica desde la Prehistoria hasta la Antigüedad, presentado en 1921 en la Universidad de Berlín, y que fue modificando en estudios posteriores.

Bosch Gimpera defendió inicialmente el carácter pre-céltico y pre-ibérico de los antiguos astures y vascones, mientras que «el carácter ibérico de los cántabros parecía desprenderse de ciertos nombres de lugar y de su empecinamiento frente a Roma» (p. 120). En 1923, modificó esta teoría al sostener que «los iacetanos podrían ser realmente un grupo aquitano desplazado por los empujes célticos (...), en cambio el grupo cántabro, al igual que los cel-tíberos habría partido de los pueblos ibéricos del Ebro, que hacía el siglo III a. C. estaban en pleno movimiento» (página 121). Como medio de constatación de estas hipótesis, Bosch llegó a defender el uso del Folklore y de la Etnología para el conocimiento de la etnología primitiva de la Península Ibérica.

En cuanto al sustrato étnico vasco, Bosch Gimpera asumió las hipótesis planteadas por Telesforo de Aranzadi, quien, a partir del estudio de los restos humanos encontrados en los sepulcros megalíticos vascos, defendió la existencia de una «raza pirenaica occidental» presente en el Norte de la Península desde el Paleolítico Superior. A ello, Bosch Gimpera sumó la defensa, a través de la Arqueología, del carácter arcaico de la etnia vasca y de su lengua.

Y respecto a la lengua, Bosch Gimpera defendía que las relaciones lingüísticas entre el vasco y el ibero, de ahí que sostuviera la necesidad de separar de la lengua todos aquellos

elementos tomados de otras lenguas para, posteriormente, intentar conseguir la filiación de las restantes, para de esta forma conseguir conocer el origen del euskera.

Antonio Duplá, coeditor del volumen e investigador principal del Proyecto ANIHO, dedica su estudio (pp. 135-159) a la figura de Florencio de Basaldúa, autor de *Memoria sobre la Raza Roja en la Prehistoria Universal* (Calcuta, 1911). Posteriormente, en un discurso pronunciado en 1928 en la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala defendió la existencia de una «raza roja», común a vascos y nativos americanos.

En 1897 Basaldúa ya había defendido la instalación de comunidades vascas en la Patagonia, Euskal Berri, para «escapar de la tiranía de los españoles», pero no será hasta 1928 cuando presente definitivamente su teoría de la existencia de una brillante «raza roja», a la que pertenecían vascos y mayas, que estaba a punto de desaparecer frente a la decadente «raza blanca», representada por los latinos.

Dicha raza, poseía una lengua que ya era hablada por los americanos antes incluso de la presencia española en América, y que se debía a «la llegada a América de gentes de la Iberia Occidental» (p. 145), los euskaldunas y los mayas, que «compartirían raza, civilización e idioma», como lo demostraría, según Basaldúa, las aparentes equivalencias fonéticas entre las lenguas vasca y maya.

Como bien estudia Antonio Duplá, los planteamientos raciales de Basaldúa contrastan con las ideas defendidas por Telesforo de Aranzadi. Mientras este sostiene la especificidad de la raza vasca desde tiempos prehistóricos, Basaldúa si sostendrá la superioridad de lo vasco sobre los otros pueblos, defendiendo la importancia de la biología como elemento definitorio de un pueblo, lo que evidentemente le acercaría más a los planteamientos racistas de Sabino Arana.

En el capítulo 7 (pp. 161-186) Pablo Ozcáriz, Profesor de Historia Antigua en la Universidad Rey Juan Carlos, centra su interés en el estudio de la recepción de la antigüedad vascona en la publicación *The very old Folk* (1927) de H.P. Lovecraft, ambientada en la *Pompaelo* (Pamplona) de finales de la República romana, donde coinciden varios personajes romanos, que narran la presencia en la zona de habitantes de las montañas, gentes antiquísimas, que practicaban aquelarres con personas que secuestraban en la zona.

Como bien indica Pablo Ozcáriz, el relato demuestra los amplios conocimientos que H.P. Lovecraft tenía sobre la Historia Antigua en general, y de *Hispania* y de los vascones en particular (p. 171), que tendrían su territorio entre *Calagurris* (Calahorra) y *Pompaelo* (Pamplona). P. Ozcáriz se pregunta el porqué de la elección de los vascones como protagonistas del relato, ese pueblo de pastores y campesinos que vive en los alrededores de *Pompaelo* y en las montañas situadas al norte, llegando a la conclusión que su elección se debió a que se le consideraba prototipo de pueblo arcaico, con la lengua preindoeuropea más antigua y una historia y unas tradiciones antiquísimas.

Javier Andreu Pintado, Profesor de la Universidad de Navarra, lleva a cabo un análisis historiográfico (pp. 187-208) sobre los vascones presentes en los materiales educativos y divulgativos, muchos de los cuales, pese a ser de uso común, están muy alejados de la realidad histórica.

Así temas como la identificación de los vascones con el pueblo vasco, la lengua y la raza, han constituido atractivos de estudio para los investigadores, que ha influido los usos políticos que se le ha querido dar a esta información en los manuales escolares.

Esos contenidos han llevado a configurar una serie de tópicos presentes en este tipo de publicaciones: el espacio geográfico de los vascones abarcaría la actual Comunidad Foral de Navarra y diversas áreas limítrofes del País Vasco, Aragón y La Rioja. En ese territorio, existirían 2 zonas bien diferenciadas por la explotación económica: el *saltus* al N, donde se conservó un estilo de vida más primitivo, y el *ager* en el S, más permeable a los contactos con otros pueblos y con los romanos. Pero común a todo ello sería la presencia de una lengua común, el euskera, lengua no indoeuropea de origen desconocido (p. 192).

Frente a esta homogeneidad, J. Andreu, a partir de la publicación del repertorio epigráfico de la ciudad romana de Santa Criz de Eslava, situada en pleno corazón vascón, desvela cómo la onomástica y la teonimia nos revelan que no existió tal uniformidad, sino que más bien existió una gran diversidad étnica y lingüística, apoyando además la hipótesis de J.J. Sayas sobre el carácter artificial de la etnia vascona.

Cierra la monografía (pp. 209-225) el capítulo de Sara Casamayor Mancisidor, de la Universidad de La Rioja, centrado en el análisis de la presencia digital de la historia de la Vasconia antigua, a partir de una serie de palabras clave. Lleva a cabo su estudio en Facebook, Instagram, Twitter (hoy X) y YouTube, sometiendo las métricas alcanzadas al análisis de la herramienta Social Blade.

Los resultados han demostrado el interés de la Vasconia antigua y de los vascones en las redes sociales, si bien la mayoría de los datos corresponden a perfiles de cuentas ajenas a instituciones culturales o educativas, y la mayoría de los textos están escritos en castellano. Y en cuanto a la temática, abundan post sobre tópicos como resistencia, extensión territorial, lengua, etc.

Por último, me gustaría destacar una de las grandes aportaciones de esta obra, como son los índices de nombres y lugares. No se trata de una cuestión muy habitual en obras de este tipo, pero sin lugar a duda, facilitan la búsqueda de información a los investigadores y público en general que quieran acercarse a leer el libro.

En definitiva, nos encontramos ante una obra que, desde distintas líneas de investigación, ha tratado el tema de la antigüedad vascona y aquitana y su recepción en distintos hábitos. Los editores han demostrado que ese enfoque interdisciplinar, que es modélico para este tipo de análisis, es el que mejor conviene a estos estudios que, desde el s. XV, han generado un gran debate entre los intelectuales, que en uno u otro sentido, han utilizado el tema de lo vasco y de lo aquitano para fundamentar y/o reclamar posiciones políticas, culturales e ideológicas, que impregnan diversas esferas de la vida educativa, política, social y económica.